



Nicomedes Guzmán junto a su esposa Lucía Salazar Vidal, su hijo Óscar y sus hijas Ximena y Florencia. Archivo Fundación Nicomedes Guzmán.

COLECCIÓN BIBLIOTECA CHILENA

LOS HOMBRES OBSCUROS
LA SANGRE Y LA ESPERANZA

NICOMEDES GUZMÁN

**LOS HOMBRES OSCUROS
LA SANGRE Y LA ESPERANZA
Nicomedes Guzmán**

Edición crítica:

Juan José Adriasola y Luis Valenzuela Prado

Ediciones Universidad Alberto Hurtado
Alameda 1869 · Santiago de Chile
mgarciam@uahurtado.cl · 56-228897726
www.uahurtado.cl

- © Los hombres oscuros - La sangre y la esperanza, Nicomedes Guzmán
- © Estudio preliminar – Historia del texto, *Juan José Adriasola y Luis Valenzuela*
- © La fundación Nicomedes Guzmán..., *Roberto González Loyola*
- © El tejido como praxis, *Camila Álamos Mubarak*
- © El año lírico de Nicomedes Guzmán, *Luciano Leal Hernández*
- © Nicomedes, la escuela y la esperanza, *Catalina Padilla Gormaz*
- © Los hombres oscuros. “Nicomedes Guzmán, escritor del pueblo”, *Jacob Danke*
- © Nicomedes Guzmán y la novela nacional, *Jacob Danke*
- © La sangre y la esperanza. “Una novela del conventillo”, *Ricardo Latchman*
- © El conventillo: signo de desecho y signo híbrido..., *Lucía Guerra*
- © Nicomedes Guzmán y La sangre y la esperanza, *Ignacio Álvarez*
- © Lectura, proletariado y pobreza..., *Claudia Darrigrandi*
- © Cronología y Bibliografía, *Catalina González*

ISBN libro impreso: 978-956-357-431-9

ISBN libro digital: 978-956-357-432-6

Impreso en Santiago de Chile
Noviembre 2023

Coordinadora colección Literatura: *María Teresa Johansson*

Coordinador colección Biblioteca chilena: *Juan José Adriasola*

Directora editorial: *Alejandra Stevenson Valdés*

Editora ejecutiva: *Beatriz García-Huidobro M.*

Diagramación interior y portada: *Alejandra Norambuena*

Imágenes de portada:

Conventillo hacia 1900. Autor: Harroy Olds. Fotografía patrimonial, Museo Histórico Nacional.
Nicomedes Guzmán. Fotografía de Domingo Ulloa, 1945. Archivo Fundación Nicomedes Guzmán.



Con las debidas licencias. Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

COLECCIÓN BIBLIOTECA CHILENA

LOS HOMBRES OSCUROS
LA SANGRE Y LA ESPERANZA

NICOMEDES GUZMÁN

Edición crítica

Juan José Adriasola
Luis Valenzuela Prado

La colección *Biblioteca chilena* publica una serie de obras significativas para la tradición literaria chilena en nuevas ediciones realizadas por un conjunto de académicos especialistas en literatura. En cada volumen se fija el texto con criterios estables y rigurosos, se proporciona un amplio aparato de notas y se ofrece un conjunto de materiales complementarios que garantizan una recepción informada por parte del público.

El objetivo de *Biblioteca chilena* es fomentar la relectura, valoración y difusión de los autores fundamentales del canon nacional, abriendo de este modo nuevas formas de apropiarse culturalmente de un conjunto de obras literarias en las que se despliega una versión relevante de la identidad y paisaje simbólico que denominamos Chile.

Cada volumen contiene:

- ◆ Un estudio crítico, redactado especialmente para la edición por un connotado académico, que proporciona la valoración e interpretación globales del texto.
- ◆ La historia del texto y sus criterios editoriales.
- ◆ La obra.
- ◆ Un *dossier* con los artículos más relevantes que se hayan publicado acerca de ella.
- ◆ Un cuadro cronológico.
- ◆ Una completa bibliografía de y sobre el autor.

El propósito final de *Biblioteca chilena* es conectar a las instituciones académicas con la comunidad, para animar de este modo un diálogo de largo plazo y consecuencias fecundas al poner nuevamente en el tapete la tradición literaria de nuestro país.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

Estudio preliminar.

Nicomedes Guzmán. Comunidad, escritura y trabajo

Juan José Adriasola y Luis Valenzuela Prado 13

Historia del texto y criterios editoriales

Juan José Adriasola y Luis Valenzuela Prado 39

LOS HOMBRES OSCUROS..... 49

LA SANGRE Y LA ESPERANZA 177

DOSSIER

La Fundación Nicomedes Guzmán

y su trabajo en colaboración y memoria

La generación en la habitación obrera

Roberto González Loyola..... 511

El tejido como praxis

Camila Álamos Mubarak..... 519

El año lírico de Nicomedes Guzmán

Luciano Leal Hernández..... 523

Nicomedes, la escuela y la esperanza

Catalina Padilla Gormaz..... 531

Los hombres oscuros. “Nicomedes Guzmán, escritor del pueblo” Prólogo a las ediciones Yunque (1939, dos impresiones) <i>Jacobo Danke</i>	537
“Nicomedes Guzmán y la novela nacional”. Prólogo a la edición de Editorial Cultura (1943), reproducido sin título en las posteriores ediciones por Zig-Zag (1946, 1961 y 1964) <i>Jacobo Danke</i>	541
La sangre y la esperanza. “Una novela del conventillo”, tomado del libro del crítico, <i>Doce ensayos</i> (Ed. La Semana Literaria, 1944), para utilizarse como prólogo de la novela en la Edición Siglo Veinte (1947) y las subsecuentes ediciones Nascimento (1952 y 1957) y Zigzag (1964) <i>Ricardo Latcham</i>	547
El conventillo: signo del desecho y signo híbrido en <i>Los hombres oscuros</i> , de Nicomedes Guzmán Lucía Guerra Cunningham.....	555
Nicomedes Guzmán y <i>La sangre y la esperanza</i> (1943): ruina y esplendor del relato nacional <i>Ignacio Álvarez</i>	581
Lectura, proletariado y pobreza en <i>Los hombres oscuros</i> (1939) de Nicomedes Guzmán <i>Claudia Darrigrandi</i>	615
CRONOLOGÍA <i>Catalina González</i>	637
BIBLIOGRAFÍA <i>Catalina González</i>	663
COLABORADORES	673

INTRODUCCIÓN

ESTUDIO PRELIMINAR

Juan José Adriasola y Luis Valenzuela Prado



Portada de *Los hombres oscuros*, Ediciones Yunque, 1939.
Archivo Fundación Nicomedes Guzmán.

ESTUDIO PRELIMINAR.
NICOMEDES GUZMÁN.
COMUNIDAD, ESCRITURA Y TRABAJO

Juan José Adriasola y Luis Valenzuela Prado

I. NICOMEDES Y EL 38 EN EL CAMPO LITERARIO CHILENO

Nicomedes Guzmán es una de las figuras de la literatura chilena en las que con mayor intensidad reconocemos la tendencia hacia lo colectivo. Enlaza su obra con un momento histórico, un lugar de enunciación compartido, un sentido que desborda al individuo y se abre a las prácticas propias de una comunidad. En parte, esto se debe a una manera en que ha sido leído su trabajo literario, que ya en su primera recepción se interpretaba a través de sus cuentos y de sus novelas una experiencia y un lenguaje colectivo: político y social, concurrente en la organización del proletariado; literario, bajo el signo de esos realismos (sociales, proletarios, etcétera) de los años treinta y cuarenta, ya en decidido diálogo con los recursos introducidos por las vanguardias; y, por último, epocal en cuanto a la generación que consciente y explícitamente busca integrar. Esta, la generación de 1938, además de pensarse intensamente arraigada en su contexto histórico¹, tiene la particularidad de que no se imagina

¹ Particularmente en la postulación y defensa del rótulo “Generación del 38”, en conexión con el impulso del Frente Popular, en el que por aquel entonces se cifran esperanzas de transformación radical. Un ejemplo de esto puede verse en el prólogo que hace Jacobo Danke a la primera edición de *Los hombres oscuros*, que fecha de la siguiente forma: “Vísperas de la liberación, año de 1938”.

como la emergencia de una plataforma específica o un nicho literario, sino como una transformación radical del escenario cultural en su totalidad, generación que, de esta manera, orienta su acción y su deseo hacia lo colectivo, aun más allá de sí misma.

En parte, esto se observa en un modo de leer al autor y su obra. Por otro lado, se desprende este sentido comunitario del modo en que el propio Nicomedes puso en práctica su proyecto intelectual, no solo a través de la representación de la organización colectiva en sus novelas, sino también en su trabajo como prologuista, crítico y editor. Más adelante nos detendremos en esta dimensión, pasemos primero al modo en que fue leído en el marco de su generación.

La primera recepción de la obra de Nicomedes se centró en dos aspectos fundamentalmente: una perspectiva sobre la crudeza de las vidas retratadas y, muchas veces conectada a la anterior, otra sobre el lugar de enunciación popular, proletario (marxista y/o comunista, en algunos casos)² que se abre camino en la voz de autor. Así lo recuerda Luis Sánchez Latorre en *Los expedientes de Filebo*:

[Nicomedes] es en verdad el personero más brillante de la actitud *neorrealista* brotada hace un cuarto de siglo en el país [...]. Es el primero que enfoca, a cara descubierta, los problemas motivados por una creciente proletarización urbana [...]. Ante la casi insólita presencia de *Los hombres oscuros*, la crítica amaga un gesto de escándalo, pero luego, abriendo los ojos y captando lo que sucede a su alrededor, termina por dar patente de seriedad al descarnado mensaje del novelista. Posteriormente, *La sangre y la esperanza* (1943) no hace sino confirmar en plenitud la incorporación de una fuerte corriente vitalista a nuestra literatura (44).

² Ricardo Latham plantea: “su diferencia con los demás estriba en que no se detiene en la simple miseria proletaria, sino que profundiza en la lucha que ella provoca [...] [su visión] se fortalece con los sentimientos de clase que dominan en los escritores marxistas” (1947, 7-8). El propio Nicomedes, en entrevista con Georgina Durand en 1941, plantea también: “Alone, el más sutil de los llamados críticos actualmente, a propósito de mi novela *Los hombres oscuros* habló de mitos ideológicos e hizo una larga disquisición acerca de cierta circunstancia política internacional de actualidad en los días de la aparición del libro. ¿A qué venía eso? En esencia, llamó “comunista” mi novela. Y con ello no hizo más que honrarla. Hoy es corriente clasificar de roja o comunista toda verdad que se diga en la vida”.

Actitud, no solo estilo, es lo que se observa y se destaca constantemente en el comentario de los críticos contemporáneos del autor. Temáticas populares, marginales, trabajadas desde una posición que no solo lo vincula a ellas en el sentido biográfico, sino que traza todo un lenguaje, una posición política y un modo de hacer literatura que busca dar cuerpo sensible a la representación. Ante la pregunta ¿para quién escribo?, recuerda años después Sánchez Latorre: “Nicomedes Guzmán no vacila, escribe para el pueblo” (2016, 128). Esto a partir de la “toma de conciencia de las grandes cuestiones sociales” (2016, 119) en la literatura cerca de 1938, lo que trae como consecuencia la pérdida del temor al compromiso político, “aun a trueque de la desvirtualización de la obra literaria” (119).

Fernando Alegría, en su *Literatura chilena del siglo XX*, se detiene también en este lugar de cruce entre literatura y vida, el lenguaje literario que impulsa. Se refiere a Nicomedes en estos términos:

[...] el representante más destacado de la novela proletaria en Chile. Sus métodos son sencillos, y sus temas, tradicionales en la literatura revolucionaria. Lo que da un valor decisivo a sus novelas y cuentos [...] es la auténtica emoción que las inspira y el esfuerzo que en ellas se evidencia por estilizar la expresión hasta conseguir los efectos de un lirismo desacostumbrado en que el lugar común se renueva y revitaliza. Lo genuino de sus raíces populares le salva de caer en un sentimentalismo convencional. Su lenguaje es duro y procaz, pero siempre enaltecido por la nobleza de su intención humanitaria. Escritor de violencias y alternativas sangrientas, puede, en ocasiones, vibrar con piadosa ternura y rodear el mundo arrabalero de un enternecedor halo poético (84-85).

Esa es, para Alegría, la humanidad de Nicomedes: la genuina pertenencia, el reconocerse en esa vida de conventillo, en la comunidad que alberga. No en la estetización de la miseria, sea como hermoso patetismo, heroico martirio o grotesco escandaloso, sino en una vida cotidiana, diversa, aun contradictoria en su condición colectiva, que alberga tanto las más injustas violencias como

grandes luchas libertadoras. Rudeza cotidiana, cruzada de poesía cotidiana; recupera a esas vidas de la existencia unidimensional (tomando prestado el término que usará Herbert Marcuse en 1964) a las que habían sido marginadas en buena parte de la cultura.

Similar humanidad destacaba Ricardo Latcham en su ensayo de 1944, “Una novela del conventillo”, que tres años después llegaría a incorporarse como prólogo de *La sangre y la esperanza*, a partir de su segunda edición. Lo plantea de la siguiente forma:

La hirviente humanidad de Guzmán se ha conseguido por obra de su identificación con los chiquillos obreros, con las bravías y heroicas hembras del arrabal, con los rateros y prostitutas y con los luchadores que se perfilan al final de *La sangre y la esperanza*. Esta novela nos parece un indicio de renovación en los métodos de la literatura chilena y un acierto de colaboración entre lo objetivo y lo subjetivo, entre el escritor y la galería humana con la cual se identifica (1947, 11).

La identificación múltiple que destaca aquí el crítico no solo caracteriza ya una obra específica, o el caso particular de un autor, sino que adquiere la potencia de indicio de un cambio epocal, la emergencia de una escritura que señala la “renovación en los métodos de la literatura chilena”. Esta escritura renovada, la asociará más tarde Latcham con la que llama generación neocriollista³, última fase de desarrollo de la tendencia para él central en el desarrollo de las letras nacionales en la primera mitad del siglo xx, el criollismo. Mario Ferrero, contemporáneo y amigo de Nicomedes, toma distancia de esta categoría en su estudio *La prosa chilena del medio siglo* (1959), donde propone el hilo conductor en los procesos de la narrativa en Chile durante el siglo veinte: “toda su problemática

³ En su “Historia del criollismo” de 1956, Latcham lo introduce así: “El neocriollismo ensanchó el ámbito del relato nacional y alrededor de 1941, con motivo del Concurso de Novela del Cuarto Centenario de Santiago, descubrió valores de gran categoría, como Francisco Coloane, con *Cabo de Hornos*, a Nicomedes Guzmán, con *La sangre y la esperanza*, y a Reinaldo Lomboy, con *Ranquil*” (44).

interna reside en el método y la forma de penetrar la realidad social con una expresión adecuada” (38). El proceso lo describe de esta forma:

Primero es un naturalismo pesimista y oscuro, de simple aproximación. Después es un realismo idealista, recargado e inconsecuente. Luego, un realismo crítico, de mayor contenido social, pero con una posición estática y un estilo opaco y recortado. Hasta que la observación de la realidad se acentúa en la acción de sus contrarios, dando origen a los primeros frutos del realismo materialista dialéctico, que es una de las formas del realismo popular (38).

Nicomedes, en opinión de Ferrero, es el exponente por excelencia de esta fase cúlmine que sería el realismo popular. Nuevamente aquí constituye un valor distintivo la representación de una realidad heterogénea, que integra y desarrolla contradicciones en el sentido dialéctico. En otras palabras, que en la “profundización de la lucha” (Latcham 1947, 7) enmarcada por la experiencia humana de la miseria (múltiple, como decíamos), se activa una representación dinámica que supone un acceso distinto a la categoría de realidad, al mismo tiempo que una intervención revolucionaria en ella, en el sentido de que, al idearla y construirla de este modo dinámico, pasa a acoger la posibilidad de transformaciones sustantivas.

Este particular espíritu transformador, fundado en la valoración de la experiencia periférica, cotidiana y material, en la afirmación de su riqueza tanto política como poética, marca de principio a fin la carrera intelectual de Nicomedes. Aun antes de publicar sus primeros libros, ya puede observársela hacia 1933, cuando integra en Rancagua el grupo Los Inútiles, junto a Óscar Castro, Baltazar Castro y Gonzalo Drago. En su *Panorama literario de Chile* (1961), Raúl Silva Castro recuerda a este grupo: “La filosofía de este centro fue buscar temas para sus obras en la provincia, hacer labor literaria desde ella y en cierto grado para ella, y asomarse a la capital lo

justo para dar a la luz los libros” (321). Aunque sabemos que luego fija residencia definitiva en Santiago —la periferia santiaguina, vale precisar—, su interés por un Chile más allá de ese centro metropolitano, se mantiene y se intensifica con los años. En su trabajo editorial, que abordaremos a continuación, se preocupa en cada instancia de dar cuenta de la diversidad territorial y de experiencias humanas que componen esa comunidad nacional imaginada. Viaja constantemente para encontrarse y conocer escritores de latitudes diversas, donde establece lazos duraderos con escritores como Osvaldo Wegmann, Francisco Coloane, Nicasio Tangol, Homero Bascuñán y Mario Bahamonde, entre muchos otros. Tal fue el vínculo que llegó a desarrollar con los circuitos literarios en Punta Arenas que, el año de su muerte, este municipio es uno de los pocos que rinden homenaje a su figura, junto con el de San Miguel.

Una última dimensión de este espíritu y este trabajo catalizador de transformaciones, antes de pasar a su trabajo como crítico y editor, podemos apreciarlo hacia el final de su carrera. Nicomedes fue uno de los creadores invitados a participar del Primer Taller de Escritores “Los Diez”, organizado en la Universidad de Concepción, en 1961⁴. Se trata de la primera experiencia de este tipo, donde intelectuales reunidos en torno a esta universidad se proponen levantar un espacio de co-formación y de transmisión de oficio en la escritura literaria, invitando a participar a escritores de diversa formación estética y política, a trabajar en conjunto en este formato de taller. Nicomedes acepta entusiasta la invitación a participar de la instancia que, si bien puede haber tenido más pompa de la que

⁴ En “El taller de escritores de la Universidad de Concepción. Un comentario desde los documentos del archivo de Sergio Vodanovic”, Viviana Pinochet Cobos y Daniel Berríos desarrollan una reflexión detenida en torno a la participación del dramaturgo en esta instancia histórica en las letras nacionales, en la que por primera vez se propone un taller de creación literaria con este carácter de co-formación colectiva. A propósito de la primera versión, detallan: “contó con Braulio Arenas como asesor general, Fernando Alegría como asesor de novela y cuento, Alfredo Lefevre como asesor de ensayo, Sergio Vodanovic como asesor de teatro y Gonzalo Rojas como asesor de poesía. Los beneficiados fueron Nicomedes Guzmán, Cristián Huneus, Enrique Lihn y Manuel San Martín en novela y cuento; Miguel Arteche y Pablo Guíñez en poesía; Mario Ferrero y Jorge Teillier en ensayo (ambos también escribían poemas); José Chesta y Manuel Ravanal en teatro” (384).

acostumbraba⁵, encarnaba en su diseño una concepción de la creación literaria, como trabajo y quehacer colectivo, que no solo hacía parte de su creación literaria, sino que, por aquellos años, llevaba ya dos décadas impulsando como editor.

2. EL TRABAJO COMO EDITOR

En 1964, año de la muerte de su amigo y compañero, Mario Ferrero lo recuerda en *La Nación*:

Sería imposible calcular ahora lo que la literatura chilena debe a Nicomedes Guzmán. Él contribuyó, poderosamente, a orientar la corriente realista en nuestro país; se preocupó de afianzar tradiciones, abrir nuevos surcos profesionales, estimular a los jóvenes, descubrir e impulsar a los inéditos, divulgar, corregir, enriquecer lo nacional en el sentido más profundo, crear medios y tribunas, enseñar, dignificar el oficio del artista (1982, 41).

Este aporte a las letras nacionales, como se desprende del comentario de Ferrero, no solo tiene relación con su obra literaria, sino también con una disposición hacia la dimensión colectiva de la literatura. Esta disposición, como hemos visto, tiene múltiples formas de concretarse; aquí queremos destacar un aspecto menos comentado del trabajo de Nicomedes que, desde comienzo de los años cuarenta hasta su muerte, mantuvo una activa labor en proyectos de curatoría editorial y de presentación y comentario crítico de obras de otros autores.

Hagamos un rápido recuento de los principales hitos en ese ámbito. El punto de partida, sin duda alguna, lo marca la bullada

⁵ Mario Ferrero lo recuerda así: “Fue el maestro silencioso, voluntariamente anónimo del Primer Taller de Escritores de la Universidad de Concepción, un curioso maestro que no hablaba en las pomposas reuniones oficiales, pero que se daba entero en las tabernas marineras de Penco, junto al grueso pipeño y a la fuente de cholgas al vapor” (1982, 42).

antología *Nuevos cuentistas chilenos*⁶ de 1941. Poco tiempo después, entre 1943 y 1947, Nicomedes asume la dirección de Ediciones Cultura, años en que diseña y coordina cinco colecciones: Amura (cinco volúmenes de nuevos narradores chilenos)⁷, Cuentistas Contemporáneos (dos volúmenes, dirigidos a niños y jóvenes)⁸, Novelistas Contemporáneos de América (siete volúmenes, seis de escritores chilenos y uno argentino, Bernardo Kordon)⁹, Forjadores de la Nacionalidad (cuatro volúmenes de perfiles biográficos y tributos a figuras icónicas del relato nacional)¹⁰; y, por último, la colección La Honda (doce volúmenes de autores chilenos, organizados en torno a un criterio territorial)¹¹. Muchos de estos libros fueron prologados por el propio Nicomedes —los de Daniel Belmar, Julio Iglesias Menéndez y Antonio Acevedo Hernández, entre otros— así como también lo fueron obras publicadas con posterioridad a su paso por Cultura —como es el caso de *La tierra de las discordias* (1955), de Osvaldo Wegman—. Luego de este período, durante la década de

⁶ El volumen compila cuentos de veinticuatro autores: Jorge Soto Moreno, Homero Bascuñán, Nicasio Tangol, Gonzalo Drago, Enrique Labra, Óscar Castro, Reinaldo Lomboy, Francisco Coloane, Leoncio Guerrero, Juan Godoy, Eduardo Elgueta Vallejos, Alfredo Llaña Marín, Manuel Guerrero Rodríguez, Abelardo Barahona, Edmundo de la Parra, Gonzalo Mera, Washington Tapia Moore, Edmundo Schettino, Juan Donoso, Osvaldo Wegmann, Julio Moncada, Baltazar Castro, Horacio Toledano y Martí, Ernesto Solovera Providel.

⁷ En orden de aparición: Nicomedes Guzmán. *La carne iluminada* (1945); Edmundo Concha. *Los gusanos* (1946); María Carolina Geel. *El mundo dormido de Yenía* (1946); Maité Allamand. *Renovales* (1946); Teresa León. *Tierra dura* (1946).

⁸ En orden de aparición: Jacobo Danke. *La taberna del perro que llora* (1945); Vicente Parrini Ortiz. *Había una vez* (1946).

⁹ En orden de aparición: Bernardo Kordon, *Muerte en el valle* (1943); Nicomedes Guzmán. *Los hombres oscuros* (1943); Nicasio Tangol. *Huipampa, tierra de sonámbulos* (1944); Luis Enrique Délano. *El laurel sobre la lira* (1946); Magdalena Petit. *El Caleuche* (1946); Antonio Acevedo Hernández. *Pedro Urdemales* (1947); Daniel Belmar. *Roble huacho* (1947).

¹⁰ En orden de aparición: Carlos Cabello Reyes. *Genio y figura de Bernardo O'Higgins* (1944); Julio Iglesias Meléndez. *Julio Santos Ossa, perfiles de un conquistador. Biografía* (1945); Luis Merino Reyes. *Romance de Balmaceda* (1945); Antonio de Undurraga. *Recabarren o el líder de sudor y oro. Romancero* (1946).

¹¹ En orden de aparición: NORTE: Raúl Norero. *Sinfonía en piedra* (1945); Mario Bahamonde. *Pampa volcada* (1945); Andrés Sabella. *Sobre la biblia un pan duro* (1946). CENTRO: Gonzalo Drago. *Una casa junto al río* (1946); Óscar Castro. *La comarca del jazmín* (1945); Juan Donoso. *Tierra en celo* (1946); Baltazar Castro. *Sevell* (1946); Eduardo Elgueta Vallejos. *La noche y las palabras* (1946); Guillermo Valenzuela Donoso. *Por el ancho camino del mar* (1946). SUR: Francisco Coloane. *Golfo de penas* (1945); Reinaldo Lomboy. *Ventarrón* (1945); Nicasio Tangol. *Las bodas del grillo* (1946).

los cincuenta y comienzos de los sesenta, retoma su actividad como antologador. Compila y prologa tres antologías de autor para la Editorial Zig-Zag: de Baldomero Lillo (1954), Carlos Pezoa Véliz (1957) y Marta Brunet (1962). También por Zig-Zag, publica en 1957 el *Autorretrato de Chile*, volumen complejo compuesto por cincuenta textos de diverso tipo (crónicas, ensayos, relatos y textos poéticos) de cuarenta y nueve autores¹², incluyéndose dos escritos de Gabriela Mistral. Por último, una segunda *Antología de cuentos chilenos*, de organización temática-territorial¹³, que alcanza a diseñar y compilar, y que publicaría más tarde Nascimento, en 1969, cinco años después de su muerte.

Este trabajo es fundamental para comprender tanto el lugar que ocupó Nicomedes en su generación y en el campo literario en general, como también para poner en perspectiva las representaciones de la identidad social (popular-proletaria), de la acción colectiva y de la cultura nacional que despliega en sus cuentos y novelas. Atender a estas labores críticas y editoriales nos ayuda a enmarcar aquellos ejercicios de representación en una práctica intelectual

¹² Luis Enrique Délano, Gabriela Mistral, Benjamín Subercaseaux, Luis González Zenteno, Homero Bascuñán, Jacobo Danke, Andrés Sabella, Ernesto Silva Román, Raúl Carmona Argomedeo, Raúl Norero, Luis Merino Reyes, Ricardo A. Latcham, Oreste Plath, Daniel de la Vega, Manuel Rojas, Joaquín Edwards Bello, Augusto D'Halmar, Marta Brunet, Leoncio Guerrero, Luis Sánchez Latorre, Hernán Jaramillo, Ernesto Montenegro, Ángel Cruchaga Santa María, Eduardo Barrios, Reinaldo Lomboy, Raúl González Labbé, Gonzalo Drago, Pablo Garrido, Luis Durand, Winétt de Rokha, Diego Muñoz, Pablo de Rokha, Mariano Latorre, Carlos Acuña, Antonio Acevedo Hernández, Pablo Neruda, Mario Ferrero, Lautaro Yankas, Juvencio Valle, Fernando Santiván, Tomás Lago, Samuel A. Lillo, Gabriela Mistral, Daniel Belmar, Mario Espinosa, Rubén Azócar, Óscar Vila Labra, Osvaldo Wegmann, Francisco Coloane y Salvador Reyes.

¹³ Cuentos de puerto: Jacobo Danke, Luis Enrique Délano. Cuentos del norte grande o de la pampa salitrera y de otras comarcas minerales: Gonzalo Drago, Baldomero Lillo, Mario Bahamonde, Luis González Zenteno, Homero Bascuñán, Eduardo Barrios, Víctor Domingo Silva. Cuentos del norte medio o verde: Pedro Prado, Sady Zañartu. Cuentos de ciudades y de pueblos: Eugenio González, Luis Merino Reyes, Juan Espinoza, Reinaldo Lomboy, Salvador Reyes, Manuel Rojas, Rafael Maluenda, Diego Muñoz, Marta Jara, José Santos González Vera, Fernando Alegría, Marta Brunet, María Flora Yáñez. Cuentos de la zona central: Daniel Belmar, Juan Godoy, Óscar Castro, Luis Durand, Fernando Santiván, Federico Gana, Mariano Latorre, Juan Donoso, Lautaro Yankas, Olegario Lazo Baeza, Luis Vulliamy. Cuentos del extremo austral: Juan Marín, Francisco Coloane. Cuentos humorísticos, mágicos y de leyendas: Enrique Bunster, Ernesto Silva Román, Ernesto Montenegro, Augusto D'Halmar, Diego Barros Ortiz, Hernán Jaramillo, Braulio Arenas, Maité Allamand.

compleja que, incluyendo por supuesto el trabajo de creación literaria, no se limita a ella. Nos ayuda, en otras palabras, a poner sobre la mesa la multiplicidad y la riqueza de su trabajo, que no solo intervino desde su obra en los procesos literarios nacionales, sino que también, muy activa e intensamente, a través de la articulación, promoción y asentamiento de un momento literario y un modo de producción cultural.

En este sentido proyecta en el campo cultural una transformación histórica que verá encarnada en la acción de un conjunto de autoras y autores, que instalan tanto un lenguaje literario que los caracteriza como un mundo de experiencia desde el cual este se erige. La presencia y la expresión de este colectivo, como lo imaginó Nicomedes, no solo llega a levantar una plataforma para su expresión y un circuito que la acogiera, sino que orienta su acción a transformar la idea misma de la literatura nacional, al instalar una lectura alternativa de los procesos históricos que habían definido su relato. En otras palabras, para él la tarea de presentar la escritura de sus contemporáneos, ponerla en valor y exponer su impacto, exigía volver a narrar el siglo XX de la literatura chilena. De aquí que incluso en las antologías y colecciones que explícitamente concentran su atención en autoras y autores recientes (en su gran mayoría, desarrolladas durante la década de los cuarenta), hayan sido enmarcadas en presentaciones y prólogos que apuntaban a dar cuenta de procesos de aquel siglo, señalando el lugar que determinado autor, autora o selección ocupaban en este. De forma transversal en estos trabajos, vemos cómo para Nicomedes la escritura y la presentación del presente involucran constantemente el pasado, a la vez que se proyecta (en la idea de la transformación) hacia el futuro. Contemporaneidad expansiva, podría decirse, cuya tarea era la de reflejar la duración y la intensidad de la experiencia del proceso literario de aquel siglo suyo, todavía en marcha¹⁴.

¹⁴ Los casos de las colecciones Forjadores de la Nacionalidad y Cuentistas Contemporáneos presentan una relación particular con esta premisa transversal, que las distingue en el marco del trabajo de Nicomedes como editor y que vale la pena anotar. La primera, como es evidente, ocupa un tiempo

La reconstrucción de este siglo XX narrado por Nicomedes y su generación se orienta a partir de dos matrices de sentido. Por una parte, la afirmación de la experiencia colectiva como dimensión íntima de la humanidad, reconociendo a partir de ello un valor en la tendencia literaria hacia su representación iniciada en la generación de 1900; por otra, la defensa de un modo de producción literario que se arraiga en experiencias materiales, en cierta vitalidad que trasunta en el trabajo y la expresión literaria. En su prólogo a la antología del 41, con la que se inicia en estas labores, es notoria ya la presencia de estas matrices. Los autores que allí presenta encarnan “un brazo colectivo” cuyo germen se había anunciado por primera vez en la literatura del novecientos. Los describe:

Generación de escritores compuesta por hombres de distintos orígenes, trae al presente una altura de sonoros acentos y expone la integridad de una sangre espiritual de nobleza no ya romántica o estúpidamente azul, sino real y esencialmente roja; roja en cuanto a pasión por la vida de su tierra y de sus hombres, y roja también en cuanto a sinceridad y a intención interpretativa [...] [estos escritores] se ejercitan y se forjan tanto horadando con los calicheros la dura costra de las zonas pampinas como introduciendo al campo literario la honda humanidad, azotada de miseria, de los pequeños puertos, puliendo la magnífica pirita espiritual del hombre nuestro en función de “roto” y de ser legendario, o develando a los ojos el panorama ancho, gris y vital de nuestro lejano sur de luchas, de nieve y de estancias (1941b, 12-13).

todavía más amplio, buscando hacerse cargo del proceso nacional que se inicia con la independencia. Esta expansión no deja de operar con el mismo criterio de contemporaneidad que vemos en la relectura del siglo XX, en el sentido de que la selección de las figuras, primero, se selecciona y retrata en función de los valores que defiende esta generación, en relación con el lazo comunitario-nacional; y, segundo, incorpora en esa serie una figura icónica y representativa de estos mismos valores (además de contemporánea), como lo fue Luis Emilio Recabarren. El caso de la colección *Cuentistas Contemporáneos*, aunque solo llega a publicar dos volúmenes, introduce una segunda variante de esa contemporaneidad expansiva, esta vez, de carácter prospectivo. El trabajo en torno a la imaginación de la infancia, no solo personajes, sino también un público infantil en este caso, en la lógica de Nicomedes (y, en general, de la literatura social), enfatiza la potencia de futuro que traza el propio presente.

La literatura, vemos, se forja en la vida: en su lucha, en su pasión, en su dolor; en su tierra viva, territorio habitado, ya no más paisaje; en el trabajo, donde no puede ya separarse el trabajo del mito y de las manos. Pocos meses antes de publicar esta antología, a propósito de su novela *Hijuna*, Nicomedes escribía sobre Carlos Sepúlveda Leyton: “construye su obra con concretos y ferreterías espirituales de la mejor calidad. Con los únicos materiales que, para su fortaleza, necesita nuestra literatura” (1941a, 361). Algunos años después, en su prólogo a *Roble huacho* de Daniel Belmar, destaca los mismos materiales, apuntando que con estos desplegados en la escritura logra el autor aquella conexión fundamental: “fija un ambiente y una humanidad; y fija también una posición literaria” (1947, 10).

Vida y literatura. A partir de esa conexión, no solo se abre un espacio para integrar la experiencia popular y obrera en el mundo literario, sino que la literatura misma se transforma, su historia se vuelve necesariamente otra. Ya no solo como referencia o antecedente de su generación, en la década de los cincuenta se dedicará a trazar esa historia. Un primer momento en que destaca a Baldomero Lillo, Augusto D’Halmar y Carlos Pezoa Véliz, donde observa Nicomedes una desviación significativa respecto de lo que consideraba un paisajismo reinante en la literatura criollista¹⁵. Así, sobre Lillo, al mismo tiempo que destaca su obra por salir de los ya conocidos espacios agrarios para dar cabida en la literatura a “la vida del obrero en los socavones del carbón” (1955, 23), se preocupa de remarcar un modo de trabajar estas vidas y estos espacios, “con un sentido psicológico que amplía la visión creadora” y lo “convierte en un escritor universal” (1955, 24-25). De forma similar, con Pezoa Véliz, enlaza la preocupación social con la profundidad humana de

¹⁵ Esta es una crítica que recoge Nicomedes de autores como Manuel Rojas, que ya durante los años 30 habían acusado en la literatura chilena una falta de profundización en la psicología de los personajes, privilegiando retratos más o menos estáticos de paisajes, tanto humanos como geográficos. Ver, por ejemplo, “Acerca de la literatura chilena” (1930), “Reflexiones sobre la literatura chilena” (1934) y “La novela, el autor, el personaje y el lector” (1937), todos incluidos en el volumen *De la poesía a la revolución* (1938).

su expresión sensible, reconociendo en su poesía “la ruda sutileza para aglutinar en sí el sentimiento colectivo del pueblo” (1957, 11). Desde ese vínculo, concluye Nicomedes, pueden leerse en su poesía “las paradojas de un pueblo, su drama, su angustia, su humor, su ternura, todo ello confundido con un temperamento enfermizo y, sin embargo, vibrante de vitalidad creadora, sabio para decir al mundo una historia sentimental colectiva” (1957, 28), potencia sentimental que se despliega en un segundo momento de desarrollo histórico, en voz de escritores como Carlos Sepúlveda Leyton, Manuel Rojas y Marta Brunet. Un Rojas que escribe “lleno de ímpetus de esos ímpetus de gran obrero”, precisando que “ser gran obrero es llevarse en las venas los tuétanos de la vida” (1958, 78). Una Brunet que transforma, “refunde” la novela rural con perspectiva psicológica; Brunet que ahonda en una escritura “sensorial”, una escritura que “se ve, se huele, se palpa, se gusta, se oye” (1962, 14). En ellos, el sentir y los sentidos, lee Nicomedes, se despliegan como vaso comunicante, donde la representación poética y la vida habitan en conjunto. Condición poética que él mismo buscó intensamente en su obra literaria; condición intermedia, entre lo material y lo simbólico, que articula ese siglo suyo, el proceso literario que encarnó e impulsó junto a su generación.

3. LAS NOVELAS: *LOS HOMBRES OSCUROS* Y *LA SANGRE Y LA ESPERANZA*

Las novelas que aquí presentamos son, sin lugar a duda, las obras más comentadas de Nicomedes, así como las que tuvieron mayor difusión e impacto tanto en círculos intelectuales como entre lectores no especializados y de sectores populares. Por cierto, ambas novelas forman parte de un mismo proyecto creativo, que oscila entre la tragedia y oscuridad de la primera, y la tragedia y la esperanza, de la segunda. Son, al mismo tiempo, novelas distintas entre sí, tanto en su construcción como en su recepción. *Los hombres oscuros* es una novela breve, veloz y agitada, narrada en

el tiempo presente de la conciencia de Pablo, el tiempo de sus reflexiones y de sus pasiones. *La sangre y la esperanza*, en cambio, es una novela extensa de rememoración, que alterna ritmos en su desarrollo, desde escenas en las que rige una velocidad y un despliegue de cuadros casi cinematográfico a otras en que el flujo narrativo pareciera detenerse por completo en la descripción y la disquisición poética, una novela en que se busca y se construye una épica de la periferia, atendida desde la mirada del niño formado en ella. Su recepción crítica las ubicó, a su vez, en lugares muy distintos: la primera, como iniciación del autor y del momento histórico-literario de la novela social¹⁶; la segunda, como la expresión madurada de ese mismo proyecto¹⁷. Esta distinción, que no desmerece el valor literario ni el impacto de ninguna de las novelas (ambas reeditadas en múltiples ocasiones), se mantiene vigente la mayor parte de su historia. Sintomático es que en 1971, al momento de decidir cuál será el volumen inaugural de su colección Quimantú para todos, se opte por *La sangre y la esperanza*, pensando en un texto consistentemente descrito como maduro, de peso, contundente: en pocas palabras, uno que serviría como cimiento a una colección de este alcance. El momento en que ambas novelas comienzan a leerse y pensarse en conjunto es posterior a la dictadura cívico-militar. Hito inicial en este momento contemporáneo de lectura —plenamente vigente, por cierto, en la presente edición crítica— es la recuperación de la figura de Nicomedes que realiza la editorial Lom en la

¹⁶ Dice Ferrero en *La prosa chilena del medio siglo*: “El escritor que abre el fuego en la jornada común es Nicomedes Guzmán, en 1939. La publicación de *Los hombres oscuros*, novela altamente representativa de un medio social subhumano y dolorosamente dramático, marca el nacimiento de una nueva época en nuestra literatura” (35). Y un poco más adelante en el mismo texto: “Esta polémica [la del verdadero nuevo cuento], la publicación de las tres antologías señaladas [antologías de cuento editadas por Miguel Serrano, Raúl Silva Castro, Nicomedes Guzmán] y la aparición de *Los hombres oscuros*, en 1939, son los antecedentes literarios más importantes que nos permiten fijar el año 1938 como el de iniciación del realismo popular” (40).

¹⁷ Escribe Ricardo Latcham en 1964, en una crónica publicada luego de la muerte de Nicomedes: “La consagración de Guzmán, sin embargo, no la tuvo en su primera novela, sino en *La sangre y la esperanza*” (s/p). El año siguiente, Luis Sánchez Latorre planteaba sobre la novela: “*La sangre y la esperanza* (1943) no hace sino confirmar en plenitud la incorporación de una fuerte corriente vitalista a nuestra literatura” (44).

década de los noventa, incorporando *Los hombres oscuros* (1995) y *La sangre y la esperanza* (1999) a su colección Clásicos de la Literatura Social Chilena.

Nicomedes, no obstante, no inicia su obra con la novela. Comienza colaborando con viñetas y textos breves en la revista *El Peneca*, entre 1934 y 1937¹⁸. El mismo año que empieza a colaborar en la revista, crea su primer libro, *Croquis del corazón*, poemario que autoedita e imprime como regalo para Lucía Salazar (con quien se casaría en 1936). El primer volumen que publica fue también un poemario, *La ceniza y el sueño*, en 1938. Luego, según escribe Raúl Silva Castro en *Panorama literario de Chile*, da un giro, deja la poesía, “que tal vez consideró estéril desde el punto de vista social, dado el escaso número de las personas que leen versos” (334). Posteriormente, Nicomedes Guzmán practica “la novela proletaria” (334), la cual está compuesta por *Los hombres oscuros* (1939), *La sangre y la esperanza* (1943) y *La luz viene del mar* (1951), novelas en cuya prosa, no obstante la consideración del crítico, es notoria la permanencia de la inclinación de Nicomedes por la poesía.

La primera edición de *Los hombres oscuros* es abierta por un breve prólogo de Jacobo Danke, que lo nombra en sus primeras líneas como una biografía. En el texto sostiene que la novela de Guzmán “golpea de frente, recto, como un púgil sabio y diestro” (10). Las ediciones de 1943, 1946 y 1964 son abiertas por otro prólogo de Danke, en el que profundiza las palabras dedicadas a la novela, la cual, según el autor: “bucea en los estratos del pueblo ‘bajo’, de ese hediondo producto de un sistema frígidamente egoísta, calculador. Su lenguaje es el lenguaje de la vivienda o la pocilga, de la promiscuidad y del delito, y también de las acciones generosas, que permanecen en la penumbra porque provienen de la humildad y el desencanto diario” (12).

¹⁸ Paulina Daza, Marcia Martínez y Clara Parra han realizado un excelente trabajo de recuperación en torno a esta emblemática revista para público infantil. Su investigación puede conocerse en el libro *Infancias y lecturas: El Peneca en Chile e Hispanoamérica* (Provincianos Editores, 2023) y a través del sitio web: <http://elpenecacomunidadeslectoras.cl/>.

El estudio de Lon Pearson, *Nicomedes Guzmán: Proletarian Author in Chile's Literary Generation of 1938*, publicado en los años setenta, representa el primer acercamiento extranjero a la obra de Guzmán. En 1979, Ricardo Benavides recuerda, a partir de la lectura de Lon Pearson, a Thomas Edgar Lyon, y su libro *Juan Godoy*, donde escribe: "... *neither Godoy nor his generation have been studied in the United States; their treatment in Chile has been superficial*". Para Benavides, Lyon tiene razón, aunque tal afirmación "empieza a desmoronarse, primero con el mismo libro de Lyon y ahora con el libro de Pearson" (s/p). A comienzos de los años ochenta, más precisamente en 1982, Mario Ferrero ahonda en el interés en el autor, publicando *Nicomedes Guzmán y la generación de 38*, libro que articula la vida, la obra y una "antología mínima", y que es abierto con una dedicatoria a "Nicomedes Guzmán, amigo tan querido y escritor ejemplar. Su memoria permanece viva en el recuerdo de los días fugaces". El libro obtiene el primer premio de ensayo en el Concurso Fundación Reciprocidad y Grupo Los inútiles de Rancagua.

En la década de los noventa, en 1992, Camilo José Cela, Premio Nobel 1989, sorprendió en una entrevista a *El Mercurio*, al nombrar a Nicomedes como uno de los grandes novelistas latinoamericanos. Filebo, Luis Sánchez Latorre, escribe días después de la entrevista, un artículo en el que reconstruye ese momento. Ante la pregunta sobre su opinión por la literatura latinoamericana, Cela respondió: "También tuvieron ustedes a un gran novelista al que no le hicieron caso ninguno. Yo le conocí en uno de mis viajes a Chile. Se llamaba Nicomedes Guzmán y el pobrecito casi murió en la indigencia. Los críticos no le hicieron caso, y es una pena, porque fue un gran novelista" (Filebo, 1992, 11). Filebo recuerda que, en 1951, en el marco de su visita a Chile al Congreso Mundial de Periodistas, Camilo José Cela conoció a Nicomedes, "con el que mantuvo sabrosas conversaciones" (32), época en la que él trabajaba "codo a codo" con el autor en el Departamento de Cultura del Ministerio de Educación. En la segunda mitad de los años noventa, Lom Ediciones publicó su Colección Clásicos de la Literatura

Social Chilena¹⁹, en la que incluyó *Los hombres oscuros* y *La sangre y la esperanza*. A pesar del escaso éxito de ventas, la colección constituye un valor literario y crítico intrínseco, ya que vuelve a dar un lugar importante en el campo literario chileno a la novela social del 38 y a las novelas de Nicomedes. La primera, editada en 1995, abre con un prólogo de Luis Alberto Mansilla, para quien la novela “es un grito rebelde, un llamado a la lucha y la esperanza aunque eso no esté expresado con la inocencia, el dolor y la ira de sus sencillos protagonistas” (8). Para Mansilla, los personajes de la literatura de Guzmán viven en un país de injusta distribución de riquezas y bienes, “donde la segregación de la miseria no se altera, y sus pasiones, sus ternuras, sus esperanzas son eternas” (12). Este prólogo sintetiza el trabajo de varias voces críticas que receptionan la novela en su época y que leen y comprenden el mensaje que proyecta la novela. Mansilla destaca la recepción positiva por parte de la crítica, tomando distancia de la impresión con la que había quedado Cela: “Los críticos de entonces no fueron indiferentes a la gran fuerza y a la dura verdad de la miseria real y cotidiana que era mostrada en la literatura nacional por primera vez sin paternalismos ni naturalismos exóticos” (5). En tanto, *La sangre y la esperanza* abre con un prólogo de Milton Aguilar, donde destaca cierta resistencia que inicialmente tuvo la crítica ante el lenguaje de la novela, aludiendo a Raúl Silva Castro, para quien tenía un gran número de “obscuridades inútiles de salidas de tono sin justificación posible, que su lectura a menudo choca” (Silva Castro, en Aguilar, 11). Citando a

¹⁹ Financiada, en parte, por un Fondart, la colección no fue un éxito de ventas; sin embargo, sí fue relevante en el campo literario porque dio cuerpo a la novela social, a pesar de la ausencia de nombres como los de Manuel Rojas, Francisco Coloane y Carlos Drogue. Los títulos publicados son: *Vidas mínimas* (1923) de José Santos González Vera, *Más afuera* (1930) de Eugenio González Rojas, *Hijuna* (1934) de Carlos Sepúlveda Leyton, *Mercedes Urizar* (1934) de Luis Durand, *Gente en la isla* (1938) de Rubén Azócar, *Hombres oscuros* (1939) y *La sangre y la esperanza* (1943) de Nicomedes Guzmán, *Norte Grande* (1944) de Andrés Sabella, *El vaquero de Dios* (1948) de Marta Jara, *Chilenos del mar* (1949) de Mariano Latorre, *Angurrientos* (1949) de Juan Godoy, *El purgatorio* (1951) de Gonzalo Drago, *Hijo del salitre* y *Pisagua, la semilla en la arena* (1972) de Volodia Teitelboim (1952), *Barrio Bravo* (1955) de Luis Cornejo, *Los feroces burgueses* (1964) de Luis Merino Reyes, *Mañana los guerreros* (1964) de Fernando Alegría, *Chacón* (1968) de José Miguel Varas, *La mala estrella de Perucho González* (1971) de Alberto Romero.

Lucía Guerra, responde a esta resistencia afirmando que tal choque surge más bien de la “experiencia del receptor” (en Aguilar, 11), de Silva Castro, que del texto de Guzmán. La edición e inclusión de ambas novelas en la Colección permite recuperar y resituar la novela social en el campo literario chileno, en el marco de lo que venía debatiéndose en torno a la Nueva Narrativa Chilena. Para el centenario del nacimiento del autor, el año 2014, la editorial Lom publica nuevamente *La sangre y la esperanza*, con un prólogo de Ignacio Álvarez, quien destaca dos palabras: poesía y proletariado, las cuales, como sostiene, confundidas entre sí, ofrecen “una representación de la vida proletaria que esté tocada por la belleza de la palabra poética”. *La sangre y la esperanza* es una novela proletaria que carga, según Álvarez, con una “declaración explícita”, es decir, “su trabajo literario debía colaborar con la construcción de una sociedad más justa para Chile, siguiendo en particular el camino de la revolución”.

El trabajo de Nicomedes es catalogado como novela social y novela proletaria aunque, en ocasiones, es vinculado a la narrativa de los bajos fondos o clásicos de la miseria, como cuando Ana Gavilanes lo sitúa dentro de lo que ella denomina “narrativa del subalterno”. Aunque su narrativa mantiene distancias importantes con el mundo desesperanzado y carente de utopías que representan autores como Armando Méndez Carrasco, Luis Cornejo y Alfredo Gómez Morel, el lazo que establece Gavilanes es significativo para entender el lugar protagónico que mantiene la obra de Nicomedes en un cuestionamiento de largo aliento, que cruza la literatura chilena del siglo XX (y hasta la actualidad), a propósito de la representación de vidas y sectores marginalizados.

El año 2000, Lucía Guerra publica el artículo “El conventillo, signo de desecho y signo híbrido en *Los hombres oscuros*”, en el cual sitúa la novela como “texto paradigmático” de la literatura proletaria (118). *Los hombres oscuros*, afirma Guerra, “es parte de la producción literaria de la Generación de 1938 que intenta modificar los significados burgueses atribuidos al conventillo en un imaginario urbano que lo postulaba como desecho de la nación y

fermento de lo mórbido” (118). Lucía Guerra destaca la “hibridez” del signo y del hecho literario que, en *Los hombres oscuros*, revisten al espacio del conventillo de una multiplicidad y un dinamismo que lo humaniza, al tiempo que lo recupera como espacio vital de transformación:

Nicomedes Guzmán elige la hibridez, un conjunto dispar de elementos heterogéneos, en los cuales se entreveran lenguajes de la “alta cultura” con los lenguajes de la cultura popular, imágenes poéticas yuxtapuestas a rondas infantiles, tangos, cuecas y tonadas, retazos de folletín que corren a la par de la *Bildungsroman* del realismo socialista, frases de la autoridad (policía, prensa) interceptadas por el reclamo del inquilino para crear una heteroglosia que reconstruye ficcionalmente la realidad de la comunidad del conventillo (129).

La hibridez que lee Guerra se engarza con la que Sánchez Latorre comenta a partir de González Vera y Manuel Rojas, quienes “se dieron el lujo de descalificar, primero en un murmullo, luego con inflexiones perceptibles, el barroquismo ‘pop’ de la prosa de Nicomedes Guzmán” (2016, 111). Tanto ese barroquismo pop como la hibridez que destaca Guerra, se proyectan en la fresca narrativa con la que Guzmán escribe la novela. La “polifonía híbrida”, según Guerra, se erige como el “contratexto de la retórica de la ciudad letrada” (130); se trata, en rigor, de una línea heterogénea que “contradice los esquemas nítidos de la Nación como comunidad imaginada que se sostiene en la homogeneidad de los discursos oficiales y en las nociones de centro de jerarquía” (Guerra, 130). La propuesta a contrapelo de la nación se articula, entonces, como la base de su proyecto en el que, además de tensionar los espacios de la alta y baja cultura, o cultura letrada y no letrada, tensiona el espacio de la letra de una novela realista, de un realismo socialista, que se abre a la imagen de la retórica y del “efecto cinematográfico” que convive con “la incorporación de técnicas vanguardistas entre las cuales se destaca la influencia del cine” (Guerra, 130). El comentario, hecho por Guerra sobre *Los hombres oscuros*, describe con igual precisión

los recursos y la forma narrativa que, a su manera, pone en escena *La sangre y la esperanza*. Ambas novelas, el diálogo que las une y cada una de sus particularidades, encarnan una exploración literaria vigente al día de hoy: una lectura social, crítica y decididamente política en su contenido, al mismo tiempo que lo es en la búsqueda por un lenguaje transformador, abierto a la avanzada, consciente de su técnica y de su forma.

4. ECOS DE LA NOVELA SOCIAL DEL 38 Y DEL TRABAJO DE NICOMEDES EN LA NARRATIVA CHILENA DEL SIGLO XXI

Nicomedes Guzmán fue uno de los actores más relevantes del campo intelectual en su época, una figura paradigmática de las transformaciones culturales impulsadas colectivamente por la generación del 38. Participa como escritor dando a luz importantes textos narrativos, ensayísticos y poéticos, al mismo tiempo que edita, promueve y comenta el trabajo de sus pares y de los que consideró los principales antecedentes literarios de su generación: Baldomero Lillo, Carlos Pezoa Véliz, Carlos Sepúlveda Leyton y Marta Brunet, entre otros. Su trabajo lo erige y nos permite ubicarlo como forjador activo de una comunidad literaria que se levantó con la intención de transformar, que se propuso no solo replantearse la historia y el sentido de la literatura nacional, sino los modos y lógicas de producción cultural en su conjunto, entendidos como una dimensión primordial en la vida (íntima y pública) de cualquier persona.

El impacto de su obra es sustantivo. En particular, el de las novelas que se entregan en esta edición crítica, ha repercutido en diferentes momentos históricos y entre los más diversos lectores, desde los circuitos de las élites académicas y de la intelectualidad literaria hasta los múltiples y dinámicos circuitos culturales de los sectores populares. En cada una de sus ediciones, desde su primera publicación, han leído una época y acompañado procesos sociales y

culturales diversos. No solo en la emergencia del Frente Popular y su primer gobierno, como se ha comentado largamente, sino también, y con igual fuerza, en el proyecto cultural de la Unidad Popular, a través de la Editorial Quimantú; y en la urgente recuperación de una comunidad cultural en la década de los noventa, esta vez en la acción de Lom, luego de la dictadura cívico-militar. A ochenta años de la primera publicación de *La sangre y la esperanza*, luego de años de protesta y malestar social, frustraciones y esperanzas de transformación, vuelve a ser ostensible su vigencia, como necesaria la relectura de estas novelas. Esa actualidad la percibe y sostiene Ramón Díaz Eterovic, comentando *La sangre y la esperanza*:

Hoy que buena parte de los chilenos demanda medidas que rompan con la desigualdad económica y que se otorgue una vida digna a millares de compatriotas desposeídos, *La sangre y la esperanza* adquiere una renovada actualidad, tanto por su innegable valor literario como por el hecho de que sus personajes, tal vez con distintos ropajes y formas de expresión, no son muy distintos a los pobladores y trabajadores actuales, que pese a sus carencias desafían al poder del dinero con sus demandas y sueños (18).

Los ecos de la novela social del 38 y del trabajo de Nicomedes resuenan en varios momentos de la escena chilena de la narrativa del siglo XXI. Algunos hilos relevantes que podemos tomar y cruzar son los que tienden escritores y escritoras. Surgen, por un lado, las lecturas sobre su obra y su figura que ha realizado Ramón Díaz Eterovic en varios textos críticos y, si bien no de forma explícita, en los vínculos que mantiene la obra del escritor de novela negra con la novela social. Algo similar sucede con Diamela Eltit quien, sobre todo en las novelas *Mano de obra* (2002), *Fuerzas especiales* (2013), *Sumar* (2018) y *Falla humana* (2023), tiende un puente claro con la novela social. Por último, las narrativas que comienzan a publicarse entre 2005 y 2010, con el clamor de la protesta social, se hacen cargo del imaginario social crítico y político, con personajes y espacios marginales, precarios y residuales: Cristóbal Gaete con *Valpore* (2009) y *Motel ciudad negra* (2014); Daniel Hidalgo

con *Canciones punk para señoritas autodestructivas* (2011); Natalia Berbelagua con *Valporno* (2011); Felipe Reyes con *Corte* (2015); Cristian Geisse con *Ricardo Nixon School* (2016); Nicolás Meneses con *Panaderos* (2018); Simón Soto con *Matadero Franklin* (2018) y *La sangre y los cuchillos* (2020), y Daniela Catrileo con *Piñen* (2019), entre otras y otros escritores, que transitan por los derroteros de la novela social sin evidenciar una estilización concreta, pero dando cuenta de ciertos hilos y nudos que pueden ser leídos desde la colmena de personajes, todos potenciales marcas o vínculos que se proyectan en nuestras letras contemporáneas.

Como señalaba Mario Ferrero luego de la muerte del autor, la deuda de la literatura chilena con Nicomedes Guzmán es grande. Si tenemos una posibilidad de saldarla es con la lectura de su obra, vigente y vital en nuestra actual búsqueda por una cultura y comunidad más justas.

BIBLIOGRAFÍA

- Alegría, Fernando. *Literatura chilena del siglo XX*. Santiago: Zig-Zag, 1962.
- Álvarez, Ignacio. “Prólogo”. *La sangre y la esperanza*. Santiago: Lom Ediciones, 2014.
- Benavides, Ricardo F. Reseña. “Lon Pearson’s Nicomedes Guzmán: Proletarian Author in Chile’s Literary Generation of 1938”. *Inti. Revista de literatura hispánica* 9 (1), 1979. Obtenido desde <https://digitalcommons.providence.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1151&context=inti>.
- Díaz Eterovic, Ramón. “Nicomedes Guzmán”. *Punto final*, noviembre de 2013: 18.
- Durand, Georgina. “Conversación con el joven escritor Nicomedes Guzmán” *La Nación*, 11 de mayo de 1941. Obtenido desde <http://www.letras.mysite.com/nguz230522.html>.
- Ferrero, Mario. *La prosa chilena del medio siglo*. Santiago: Universitaria, 1960 (separata revista *Atenea* N°386).
- . *Nicomedes Guzmán y la generación del 38*. Santiago: Mar Afuera, 1982.
- Gavilanes Bravo, Ana. “La narrativa del subalterno como manifestación de la dimensión heterogénea de la sociedad”. *Trilogía* 28 (dic. 1999): 9-14.

- Guzmán, Nicomedes. “Baldomero Lillo y su obra en la generación literaria chilena de 1900”, prólogo a *Antología de Baldomero Lillo*. Santiago: Zig-Zag, 1955, 10-31.
- . “Carlos Pezoa Véliz, escritor permanente y esencial de Chile”, prólogo a *Carlos Pezoa Véliz. Antología*. Santiago: Zig-Zag, 1957, 9-29.
- . “Carlos Sepúlveda Leyton, novelista del pueblo”, *Atenea* 189 (1941a): 354-361.
- . “Daniel Belmar o el hallazgo de un nuevo novelista”, prólogo a Belmar, Daniel. *Roble huacho*. Santiago: Cultura, 1947, 5-11.
- . “El género del cuento y los nuevos cuentistas chilenos”, prólogo a *Nuevos cuentistas chilenos*. Santiago: Cultura, 1941b, 7-26.
- . “Encuentro emocional con Chile”, *Atenea* 380-381 (1958): 77-88.
- . “La escritora Marta Brunet en las letras chilenas”, prólogo a *Marta Brunet. Antología de cuentos*. Santiago: Zig-Zag, 1962, 7-16.
- Latcham, Ricardo. “Crónica Literaria. Nicomedes Guzmán”. *La Nación* (5 de julio de 1964): 5.
- . “La historia del criollismo”, en *El criollismo*. Santiago: Universitaria, 1956.
- . “Una novela del conventillo”, en *Doce ensayos*. Santiago: La Semana Literaria, 1944. Citado de *La sangre y la esperanza*. Buenos Aires: Siglo Veinte, 1947, 7-12.
- Pinochet Cobos, Viviana y Daniel Berríos. “El taller de escritores de la Universidad de Concepción. Un comentario desde los documentos del archivo de Sergio Vodanovic”, *Revista de Humanidades* 39 (2019): 387-399.
- Sánchez Latorre, Luis. *Los expedientes de Filebo*. Santiago: Zig-Zag, 1965.
- . (Filebo). “Reivindicación de Nicomedes Guzmán”. *Las Últimas Noticias*, 2 de febrero de 1992, p. 32.
- Silva Castro, Raúl. *Panorama literario de Chile*. Santiago: Editorial Universitaria, 1961.